

Y Martí...

Vi a los elegantes mercaderes y banqueros
discutir acerca de materias primas y explosión demográfica.
Vi a los ilustres ideólogos del capital y a los jefes del Pentágono
esgrimir las tesis del equilibrio del terror y la política de disuasión,
y la bomba atómica como una espada de Damocles sobre nuestras cabezas.
Vi desplomarse las Bolsas de Valores de todo el mundo,
y a los accionistas pegándose de tiros en las calles solitarias
sólo porque las tropas insurgentes entraban triunfalmente en Saigón.
Vi a Richard Nixon ordenando otra vez desde la Casa Blanca,
y a la gente sin recordar ya qué había sucedido en Vietnam y Camboya.
Vi al Santo Papa entregar las riquezas del Vaticano a los pobres,
y luego largándose mucho a la chingada.
Vi a John Wayne acribillado por un francotirador que lo admiraba,
desde la azotea de un hospital texano.
Vi a Marylin Monroe ingiriendo barbitúricos durante la noche,
y a la muerte esperándola al otro lado del sueño.
Vi millones de personas con su bello televisor,
divirtiéndose con las hazañas del general Custer.
Vi a Jackie Onassis bailando desnuda para los millonarios,
en el burdel más lujoso de París.
Vi al Che Guevara sangrantemente tendido en un camastro,
y rodeado por sus sonrientes asesinos.
Vi mi país gobernado por reformistas o populistas,
que autorizaban la existencia de represivos cuerpos paramilitares.
Vi mi país nuevamente invadido a sangre y fuego por marines,
y a muchos mexicanos ametrallados por las bestias rubias.
Vi a Nelson Rockefeller y a Henry Ford sentados en la silla eléctrica,
ocupando el lugar de los esposos Rosenberg.
Vi a Tarzán volando con ayuda de poderosas lianas,
para estrellarse contra la telaraña de su propio mito.
Vi a Superman y a Batman asaltando bancos en California,
y besándose en público como cualquier par de homosexuales.
Vi a Carlos Marx estudiando 10 años economía política en Londres,
para dar a los hombres otra historia y otra forma de vida.
Vi a Adolfo Hitler en una cámara de gases de Treblinka,
transformado después en eficiente grasa para calzado.
Vi a la Reina Isabel reducida a polvo por una revolución,
y a su monarquía de papel perderse en los campos del olvido.
Vi a Spiro T. Agnew leyendo poemas de Allen Ginsberg,
y viajar en tren a San Francisco con la cabeza repleta de anfetaminas.
Vi a Bob Hope recorriendo los campamentos del ejército imperial,
llenándose la boca con abundantes lugares comunes.
Vi a Janis Joplin depositando rosas ante la tumba de Bessie Smith,
que no fue atendida en un hospital sureño debido al color de su piel.
Vi a miles de jóvenes haciéndose el amor en las grandes avenidas,
y a miles de beatas entregándose al primero que pasara.

Vi campesinos sin tierra y trabajadores sin empleo,
devorándose los dedos y bebiéndose las lágrimas en sus hogares.
Vi a Fidel Castro diciendo a los cubanos en La Habana:
somos un pueblo entero conquistando el porvenir.
Vi una manifestación de blancos lloriqueantes en Boston y Alabama,
protestando porque los negros les impedían entrar a las escuelas.
Vi en una catedral a Pinochet con immaculado uniforme de gala,
hincándose para recibir la hostia que le daba un cardenal complaciente.
Vi generaciones de argentinos luchando casi 20 años por un líder exiliado,
que luego los sumiría en la demagogia y en la caza de brujas.
Vi a Bob Dylan celebrando su aburguesamiento con champaña,
riéndose de la bola de pendejos que creímos en él.
Vi las manos de Víctor Jara estrangulando a los miembros de la Junta,
para después dedicarse con calma a la reconstrucción del país.
Vi que yo vagaba por los vastísimos salones de una casa sin habitantes,
exigiendo que alguien abriera las puertas.
Y finalmente vi a José Martí,
caminando como alguien que ha vivido demasiado
y que no viene a discutir sino a poner los puntos sobre las íes.
Con su frente amplia como un Lenin, combatiendo en Dos Ríos,
muriendo en Dos Ríos con el nombre de su patria en los labios.
Lo vi descendiendo del buque que lo traía de Nueva York,
hablando del monstruo y de las entrañas del monstruo.

Jorge Martínez Rodríguez

